

ERETZ - ISRAEL. - LA TIERRA DE ISRAEL

Por JORGE RICARDO VEJARANO

Mientras el misticismo ruso socava sin descanso todos los cimientos de la civilización cristiana, los judíos del mundo entero ponen un igual ardor en reconstruir sobre su tierra sagrada, la vieja civilización que el mismo cristianismo destruyó. Singular encuentro de fuerzas que ligan el más crudo materialismo con la más arcaica de las teogonías conocidas. El mundo no aparta sus ojos del campo de la cruzada rusa, y conoce muy poco y se interesa menos en las actividades de la campaña judía. Se necesita oír hablar de las matanzas horribles que se verifican periódicamente en Palestina entre hebreos y musulmanes, o hay que viajar en estos días por tierra de Jesús para darse cuenta del ardor de este sueño y de su posible realidad.

Todo programa de excursiones en Palestina pone en primera línea la visita de estas cosas vivas, cuando uno va allí a caza de recuerdos bíblicos, y a buscar sobre las arenas del desierto, o sobre las colinas encantadas de Galilea, las huellas del paso de un Dios. Pero hay que someterse, y nunca saldrá desilusionado el que haya sentido de cerca el fuego, la vibración nerviosa del alma mesiánica de estos judíos que acuden de todos los extremos de la tierra, ya no a llorar sobre las ruinas de Jerusalén, sino a lanzarse a su reconstrucción al grito de Eretz - Israel. He aquí lo que nosotros hemos visto y hemos aprendido:

Un lunes, 3 de agosto de 1868, un judío banquero de Londres y París, hijo de un Rabino, de una hermosura plácida y con un ardiente y dolorido corazón, se hallaba en la cima del Monte Sion rodeado de una muchedumbre de sus hermanos, abarcando con ojos atónitos y emocionados hasta el alma, el panorama de su tierra sagrada. Palestina contaba entonces trece mil judíos establecidos en comunidades, de acuerdo con el país de su origen. El noventa por ciento de estos desgraciados arrastraba su miseria por las calles de Jerusalén, de Hebrón, de Saffed y Tiberíade, y vivía de las limosnas que uno de ellos recogía anualmente en una interminable peregrinación por todo el mundo. Un diez por ciento alcanzaba a subsistir de su trabajo manual o de un pequeño y sórdido comercio. Ni un solo

agricultor, profesión para ellos degradante y además, imposible, por estarles prohibida la adquisición de tierras. En el exceso de su miseria estos infelices se veían obligados a vender sus hijos a la Misión Protestante Inglesa.

Parte de este lamentable almácigo humano rodeaba a Carlos Netter, el banquero, nacido en Alsacia en 1826, y quien extendiendo sus brazos hacia el horizonte, juró consagrar su vida y su fortuna a la formación de una nacionalidad judía que sacara su sustento y su dignificación de la tierra de Judea. Los quince años de vida que le sobraron y la totalidad de su fortuna, los dedicó por entero a cumplir su juramento de amor y de piedad.

Un judío, un judío banquero, conoce de sobra los medios que conducen a un fin. Netter, que era a la sazón Secretario de la Alianza Israelita, establecida a raíz de la Revolución Francesa, volvió a Francia con ideas bien claras y corazón resuelto. El consiguió de la Alianza, dirigida por prominentes y ricos israelitas, que rectificara sus conceptos adversos a la formación de una nacionalidad agrícola judía en Palestina. Eran exactamente los tiempos en que la humanidad cumplía con más rigor la maldición caída sobre la desventurada raza. Acuchillados por doquier; lanzados como perros sarnosos de una país al otro, toda conquista civil que alcanzaban los pueblos iba seguida de la excepción en contra de los judíos. De Serbia, de Rusia, de Bulgaria, del Oriente sobre todo, llegaban sin cesar quejas lastimeras, que la Alianza Israelita divulgaba por medio de la prensa, única fórmula que parecía hallar para mitigar los sufrimientos de su pueblo. Netter introdujo en ella la presteza de la acción y el soplo de su fe inquebrantable.

Una escuela de agricultura que se bautizó con el nombre de Milveh-Israel (la esperanza de Israel), fue la primera obra del apóstol. El consiguió del Sultán de Turquía el terreno para establecerla y a su alrededor se formó la ciudad de Tel - Aviv, que cuenta hoy 53.000 habitantes exclusivamente por judíos. El abrió los pozos de agua potable, él cruzó el terreno de canales, él levantó los edificios y él, el señor de palacios en Londres y en París, vivió los primeros días de sus trabajos en una gruta cavada en la roca. Pero cuando la escuela estuvo lista, faltaron los doce alumnos que debían ocuparla.

Era la labor de los escribas y fariseos de Jerusalén, de los mismos que habían oído su juramento del Monte Sion y que habían besado sus pies y sus vestidos de europeo. Se negaban a entregar sus hijos para una labor degradante, y sobre todo temían perder la parte de limosnas que los Rabinos repartían a su amaño. Netter no vaciló. Se robó una noche cuatro niños israelitas que habían vendido sus padres a la Misión Inglesa. En Egipto, en Smirna, en Constantinopla compró o reclutó los huérfanos que debían completar el fatídico número de doce alumnos.

Seguir la vida de Netter, es seguir el mismo calvario de todo apóstol. Alternativas de ruinas y de triunfos; adoraciones y maldiciones; cosechas. Netter no volvió a quitar Milveh - Israel, sino para asistir en todos los extremos de Europa a las reuniones de plenipotenciarios en donde pudiera conseguirse el reconocimiento de los derechos civiles para los judíos, lo

que al fin alcanzó. Sordo a las prescripciones médicas que le ordenaban retirarse definitivamente y buscar su salud en Europa, murió soltero en Jaffa, en 1883, de una enfermedad al corazón. De ese mismo corazón, dolorido y ardiente que lo ha colocado en primera línea entre los más bellos espíritus que haya producido la descendencia del Rey David.

Netter, y los más grandes plutócratas que han seguido su huella, modificaron sin quererlo la oscura concepción hebrea, basada invariablemente en el milagro. El judío que a raíz de la caída de Jerusalén vaga por el mundo envuelto en harapos, desconocido de su pueblo y reencarnando de tiempo en tiempo y que en un momento dado se presentaría en todo su esplendor del Mesías y devolviera toda su gloria y poderío al pueblo del Señor, ese no ha aparecido aún en los dos mil años que se le ha esperado. Los judíos plutócratas no tienen la costumbre de otorgar tan largos plazos y han preferido cambiar el mito por el esfuerzo, el milagro por el abono y el riego.

Los cambios profundos que trajo la Gran Guerra han favorecido enormemente el movimiento sionista. El Mandato Inglés sobre la Palestina y la famosa declaración Balfour que hizo conocer de las potencias la simpatía del Gobierno británico por la constitución allí de una nacionalidad judía, han dado al movimiento sionista un impulso formidable. Se descartó la idea de establecer a los judíos en Africa, en Argentina, en el Brasil, y el golpe se ha dirigido certero y a fondo sobre su mismo suelo, cultivado desde la dispersión por los árabes musulmanes y en donde se habían establecido enormes latifundios, que han sido destruidos por el oro israelita, que los reparte científica y gratuitamente entre los colonos. La organización del mundo sionista, ha venido a reemplazar la antigua Alianza Israelita. Sus conductores llevan nombres gloriosos como el sabio Einstein, el profesor Wasserman, el barón Edmon de Rothschild y son elegidos por Congresos anuales en donde todo el mundo judío está representado. Agencias sionistas están distribuidas en el universo entero y son ellas las que reciben, y estudian las peticiones de los grandes grupos migratorios. Todo está previsto y combinado antes de que las grandes caravanas abandonen para siempre las llanuras de la Hungría o las heladas estepas de Galicia o Besarabia. A los pudientes se les aloja ya en su propiedad, lista para recibirlos, y a los miserables se les lleva a las comunidades en donde impera el más avanzado comunismo y en donde el sentimiento místico llega a arrancar a esas almas judías ejemplos sublimes de resignación y desprendimiento.

Galicia cuenta hoy con ciento setenta y seis mil judíos establecidos en más de cien colonias diferentes con una extensión aproximada de setenta y cinco mil acres. La lengua hebrea, purificada y coordinada por sabios israelitas alemanes, es la que impera en todas las actividades de esa torre de Babel, Universidades como la de Jerusalén, el Instituto Técnico de Jaffa, la Gran Sinagoga del Tel - Aviv, han entrado resueltamente en el camino de una cultura judía propia y vigorosa. Los subsidios que la cruzada sionista recibe sobrepasaron en 1930 los cuatro millones de libras y la proporción de su aumento hace pensar en una ráfaga de oro que barrerá de la tierra de Jesús todo lo que pretenda oponérsele. Un alma ha reemplazado ahora la extinguida antorcha de Netter: la del barón Edmon de Rostchild.

Ante el extranjero desprevenido que recorre estos lugares y palpa la intensidad de este esfuerzo, se plantean interrogantes como éste: ¿Hay allí un esfuerzo de realidad constructiva o se trata simplemente de un movimiento espasmódico de la impetuosa alma judía? ¿Podrían caber en los quinientos mil kilómetros cuadrados que tiene la Palestina, y entre los cuales más de la mitad son desiertos desolados, los diez y siete millones de judíos que hay hoy esparcidos por el mundo? ¿Hasta dónde alcanzarían las formidables presas del Jordán para dar fuerza a tanta pequeña industria y para regar tanto arenal? ¿Hacia qué sitio del Asia Menor se dirigiría el exceso de esta prolífica raza, el día en que ella hubiera copado su propio suelo? ¿Se ha levantado al fin la terrible maldición que la agobia, o se la dejará sacar el pecho del fondo oscuro de la humanidad, para volverla a aniquilar y que de su sagrado Sion no quede piedra sobre piedra?

Todos estos son sueños, salvo la cruel injusticia que los alimenta, que esa sí es muy real.

Así me hablaba en perfecto español mi guía árabe que hablaba además otras siete lenguas con igual perfección. La injusticia muy real es la manera como el oro israelita va arrinconando poco a poco a la población árabe, arrojándola de una tierra que los judíos abandonaron hace dos mil años, incapaces de cultivarla. El hijo del desierto y de Mahoma, sobrio y paciente como sus camellos, la recogió y la cultivó a su manera con el arado de chuzo de los patriarcas y ayuntando su vaca de leche al camello y su burro al búfalo. Insensible a la sed y a la fatiga, alimentándose de un puñado de habas tostadas, expoliado por la insaciable codicia de las autoridades turcas, las generaciones han venido sucediéndose hasta hoy, y han sido las únicas capaces de tan heroico esfuerzo. El árabe ha guardado la tierra, pero no le ha sobrado un duro para defenderla, con tanta mayor razón —y esta es su queja más amarga— cuanto que la Administración Inglesa cobra impuestos que guardan una absurda diferencia para cada raza.

Lo demás, agrega el guía, es puro sueño. El israelita no será nunca agricultor. Sórdido y falaz, él no concibe la vida sino asaltando a los demás, ya sea detrás de un tugurio o amparado por un lujoso escritorio en New York, Chicago, Londres o Berlín. Se les regala la tierra pero no la cultivan y se hacen a la orilla de los caminos a espiar el paso de la presa. Estas tierras incultas son madrigueras de ratas que devoran las sementeras vecinas de la población árabe. Y este guía, de instrucción no común, y que nunca fue agricultor, predice para dentro de muy pocos años un fracaso completo, mientras en sus ojos como en el de todo árabe que aborda estas cuestiones, hay un fulgor azuloso y flexible de una hoja de Damasco.

En algunos sitios he visto bien confirmadas estas observaciones. En la inmensa llanura de Esdrelon, en donde se libraron todas las batallas decisivas del Asia Menor, desde Alejandro contra Darío, las guerras Púnicas, Pompeyo contra César, todas las Cruzadas hasta Napoleón y Lord Allembey en 1918, se palpan estas verdades. Las faldas armoniosas del Tabor y del Carmeno se ven como en toda la Palestina vestidas de pequeñas villas plantadas con táctica, como las viñas del Señor. Pero las

tierras que se extienden a sus pies sobre la histórica llanura, y que les han sido cedidas, se ven incultas y pardas haciendo contraste con las que han conservado los árabes. Los judíos se instalan a la orilla de la gran ruta central, arman su trampolín y caen sobre el pasajero, hablando y gesticulando, mientras sumergen su mano en la barba desgreñada, como buscando al mismo tiempo que un piojo, una idea. Y mientras tanto, la tierra espera.

Yo he visto estas cosas volando sobre un Studebaker a través de todo rincón palestino. Pero este lado oscuro y sombrío no me ha borrado el encanto de esos naranjales y limoneros interminables que embalsaman el aire en los alrededores de Tel - Aviv y de tantas otras pequeñas ciudades judías en donde el esfuerzo urbano es verdaderamente prodigioso. Bancos, museos, calles anchas y lustrosas en donde juega con loca alegría ese niño de las llanuras húngaras o de la estepa rusa, de grandes y fatigados ojos azules que uno acaricia con unción, mientras sus padres se ocupan en avaluar los vestidos que llevamos puestos.

Yo he visto este sueño judío hecho realidad desde la borda del barco anclado en la ancha rada de Jaffa. Enormes barcazas transportan miles y miles de pequeñas cajas que contienen naranjas, limones, tomates, granadas, etc., etc. Con la fiebre de un hormiguero se agitan alrededor de nuestro barco y de tres o cuatro más que allí se encuentran. Todo el colorido de Oriente, desde el cielo y el mar, hasta la mugre y el grito, tiene un no sé qué de canto de esperanza. Tel - Aviv, la bella ciudad judía, nacida ayer, se empina sobre sus frescos muros de cemento y como alentando el embarque de estas frutas cuyo zumo, pasado ya por el filtro de la Tierra Santa, parece ser la transfiguración maravillosa de la hiel y el vinagre y el pan ácimo que alimentó al pueblo maldito en sus veinte siglos de persecución y de miseria.

JORGE RICARDO VEJARANO

EL HEROE DE LA FE

Por EDUARDO CARRANZA

I

Existen, a más de los héroes históricos que tuvieron existencia real y por un momento movieron el timón del mundo, otros héroes de la fantasía, criaturas del ingenio humano que, saliendo de los libros, surgiendo en la floresta de los versos, alzándose de las prosas maestras, ejercieron sobre los hombres una singular fascinación: Hamlet, Fausto, Segismundo, Celestina, Don Juan, Don Quijote.

Y estos héroes a pesar de estar contruídos de substancia poética, apenas con el humo de los sueños y el vaho de las palabras, llegaron a adquirir una formidable consistencia, una especie de evidente moverse y existir, casi independiente de los libros que los narran y de los genios que los inventaron. Así, nos parece, que Don Juan, por ejemplo, sobre los hombros flotante la capa escarlata, la pluma temblándole sobre el birrete, los ojos en llama y la boca sedienta, posee más fuerza de realidad humana, de veraz existencia que, por ejemplo, Alejandro Magno, o el galo Vercingetórix.

En especial, los héroes de la fantasía española son dueños de una profunda densidad humana. El Cid cabalgando sobre la pista anónima de los romances; Don Melón de la Huerta, Doña Endrina y la Trotaconventos en el habla substancial del Arcipreste; la Celestina en el denso y poético lenguaje de Fernando de Rojas; Don Quijote y Sancho entre la maravilla de la prosa cervantina; Don Pedro Crespo, el nebuloso príncipe Segismundo, toda la muchedumbre que habita en los escenarios del glorioso teatro nacional de España; todos aunque a veces les circunde un gentil aire de fábula, o una dorada atmósfera de gracia y poesía, todos son "hombres de carne y hueso", hombres que sufren, aman, esperan, sueñan como los hombres. Este carácter realista, no reñido sin embargo, con la poesía de las letras españolas, ha sido abundantemente observado y comentado. Y constituye una línea singular y peculiar en la fisonomía del genio español.